

Virtualidades pedagógicas del feminismo para la izquierda*

LIDIA CIRILLO

Università degli Studi-Milano

El fenómeno que hemos llamado «movimiento de los movimientos», y que ha tenido como epicentro simbólico Porto Alegre, ha abierto un nuevo horizonte para el feminismo europeo. Aun ahora, comprender su potencialidad no es en absoluto fácil. Las incertidumbres, las lagunas, las indeterminaciones del feminismo que ha empezado a formarse al lado del movimiento son paralelas y análogas a las del movimiento en su conjunto. Las dificultades para orientarse no se contemplan sólo en esta vertiente. Del mismo modo están presentes en la herencia que el feminismo del mundo noroccidental dejó a las nuevas generaciones y a los más recientes movimientos de mujeres.

Como sucede a menudo, comprender es un ejercicio posible sólo con la utilización virtuosa de un estrabismo intelectual. Hace falta ser capaz de mirar al mismo tiempo en dos direcciones distintas: la primera, leer las vicisitudes de la política en la que los hombres son mayoría y dirección, y la segunda conocer la corriente específica, es decir, la del feminismo en su variedad y multiplicidad de expresiones.

Está difundida (creo que no sólo en Europa) una leyenda según la cual los hombres del movimiento se habrían inspirado en las prácticas y en las formas organizativas del feminismo. No pocos han notado de hecho la lógica del pequeño grupo: la actuación como efecto de una relación entre entidades diferentes, también minúsculas; la horizontalidad; la abolición de la dictadura de la mayoría, a la que se sustituye por la práctica de los acuerdos variables; la capacidad de recuperar en la iniciativa sucesiva a cuantos/as no habían participado en la precedente; la contemporaneidad de la adhesión a agrupaciones diversas y la rapidez del hacerse y deshacerse de las formas de relación, etc.; que son fenómenos conocidos desde siempre del feminismo.

La parte de la leyenda que subraya las analogías, conteniendo no obstante elementos de idealización, bien sean del feminismo o bien del movimiento, en sustancia corresponde a la verdad. Es en la segunda parte en la que el mito sustituye al análisis. Los hombres del movimiento se habrían apoderado de la experiencia femenina y feminista, saqueándola a manos llenas, pero escondiendo

* Traducción de Pilar Allegue.

la deuda y poniendo en marcha los mismos mecanismos de exclusión, de infravaloración y de discriminación que los caracterizan. Lo poco que haya de creíble en la leyenda debería ser comprendido fácilmente por quien tenga un mínimo de conocimiento de la política que las mujeres compartieron con los hombres. Apropiarse de prácticas tan complejas y poco visibles debería comportar un largo trabajo de espionaje intelectual, posible sólo desde un vivo interés y desde el conocimiento de la existencia de un almacén con mercancías preciosas como para llevárselas. Habría sido necesaria al menos una fase de coexistencia: ser mujer no es una cosa que se aprenda en dos o tres años, así como el ser hombre del movimiento contrario producido por la emancipación.

En realidad, los hombres del movimiento han tenido a menudo una actitud muy diferente a la imaginada. Han estado en general abiertos y disponibles, han aceptado introducir en los textos cada reivindicación y formulación proveniente de mujeres en nombre del feminismo; han asumido la idea de las intervenciones alternadas hombre-mujer, etc. Esta apertura y disponibilidad sinceras se ha acompañado de otro sincero desinterés por las ideas, la diversidad de las posiciones, las historias, los descubrimientos y las prácticas del feminismo. Algunos, un poco más atentos o un poco más amables, han rendido homenaje a la política de las mujeres, retomando la leyenda de la deuda porque las leyendas se difunden mucho más fácilmente desde los discursos serios. Un interés auténtico, un esfuerzo real por comprender, no ha existido nunca ni antes del nacimiento del movimiento, ni en el momento de su ascenso, ni tampoco en esta pausa de reflexión.

La feminización del antagonismo es una realidad que se explica porque representa el punto de partida más eficaz para un razonamiento sobre el futuro del feminismo, es decir, sobre ese horizonte que el movimiento parece haber abierto a la política de las mujeres. Ésta no es el efecto de un robo intelectual, que representaría de todos modos un halagador homenaje. Es más bien el efecto de la caída de los hombres de una parte (de la izquierda, de la oposición al neo-liberalismo) en una posición femenina, a la cual evidentemente reaccionan feminizando sus comportamientos. En nuestras sociedades, en efecto, lo masculino y lo femenino son también posiciones. Se puede decir que un cierto fenómeno se feminiza porque crece en su interior el número de mujeres, o bien porque unos hombres vienen a encontrarse en posiciones similares a aquéllas en las que tradicionalmente se encuentran las mujeres. Entre las dos cosas hay a menudo un vínculo porque la afluencia de mujeres cambia también la posición de los hombres, y el cambio de posición de los hombres facilita la afluencia de las mujeres. La feminización todavía es en sí misma un signo inquietante. Cuando, por ejemplo, decimos en Italia que el trabajo se ha feminizado, nos referimos a que se han extendido a los hombres las características de inestabilidad, precariedad y flexibilidad que han marcado siempre el trabajo de las mujeres.

Otras veces, en la historia de las relaciones humanas, la feminización se ha revelado como la expresión material y simbólica de una derrota. En la Grecia y la Roma antiguas se testificaba la feminización de los derrotados mediante los servicios sexuales que alguna vez los esclavos (también de sexo masculino) eran obligados a dar a sus patronos. La aristocracia francesa, después de la derrota de la Fronda, experimentó un proceso de feminización evidente en los trajes y en los modos. La metamorfosis simbolizaba la renuncia a la fuerza restablecida en las manos del soberano y del Estado, el fin de la función desarrollada durante siglos y una insignificancia social que preludiaba 1789. La feminización de una sociedad, de una clase, de un área política, puede más tarde resolverse en complejidades interiores de la civilización, o bien en relaciones humanas menos hirientes. Ésta es la otra cara de la moneda, pero sólo se podrá tener en cuenta después de haber comprendido en profundidad el significado político de la cara decisiva en la determinación de las relaciones de fuerza.

Las observaciones sobre la debilidad de la subjetividad política de las mujeres les resultan a muchas ofensivas. Aparece una desvalorización injusta de aquello que en la historia contemporánea las mujeres han sabido hacer y de las dimensiones de su escalada. En realidad, mis razonamientos quieren llegar a conclusiones de signo opuesto. Al movimiento que se le asemeja, el feminismo le puede ofrecer las teorías, las prácticas, las «estrategias de supervivencia» propias de un sujeto que ha empezado su recorrido político en condiciones de extrema debilidad, pero que al mismo tiempo se ha revelado capaz de mutar profundamente las relaciones humanas y la civilización del *homo hierarchycus*.

No obstante, el feminismo no podrá enseñar nada a nadie si no empieza a enseñarse a sí mismo, es decir, si no comienza a comprender el significado de su propia historia.

Un sujeto político es débil cuando no encuentra un adecuado apoyo en el cuerpo social, cuando se encuentra a una gran distancia de las principales formas de poder de una sociedad y de un orden jerárquico. Las razones de la carencia de puntos de apoyo pueden ser muy diversas y ser interpretadas con diversos criterios pero, después, los efectos visibles son la marginalidad y la distancia de los poderes. En Europa, después de la segunda guerra mundial, han sido los sujetos políticos débiles los grupos que hacían referencia a la tradición revolucionaria y antiestalinista del marxismo. Se puede decir que entre estos grupos y las clases dependientes se ha levantado la barrera de las clases políticas socialdemocráticas y estalinistas, o bien que ya eran portadores de hipótesis carentes de base en el mundo real. En ambos casos, el efecto es su reducción a entidades marginales. En los Estados Unidos han sido sujetos débiles los que eran sin embargo fuertes en Europa, porque las repetidas tentativas de construir partidos laboristas, socialdemócratas o comunistas se han encontrado primeramente con la jerarquización racista del trabajo asalariado.

Un sujeto político es débil cuando su punto de referencia en la sociedad a duras penas se reconoce como sujeto colectivo, con un adversario que se encuentra en el otro polo de una oposición binaria, con una posición jerárquica y necesidades propias, antagónicas y diversas. La debilidad de la subjetividad política femenina es evidente y puede ser fácilmente medida por el número increíblemente exiguo de mujeres que se comprometen con responsabilidades políticas en el terreno del conflicto de género. En un partido como Refundación Comunista, que tiene poco menos de cien mil inscritos/as, las feministas organizadas no son más de cien. También en este caso las explicaciones pueden ser diversas. La relación de poder fundada sobre el género es ocultada ante todo por la presunción de ser propia por naturaleza, en segundo lugar, por una antigua situación humana en la cual el dominio masculino está incrustado hasta hacerlo coincidir con la civilización misma.

La relación entre hombres y mujeres es además una relación de poder marcada por elementos de fuerte ambivalencia, es decir, por fantasmas, deseos, intereses comunes, etc., que han funcionado como límite a la que podríamos llamar con fórmula análoga «conciencia de género». Pero la fragilidad de las subjetividades políticas feministas está ligada también a la experiencia porque un sujeto colectivo existe, se es cuando se tiene la experiencia de existir. En la historia contemporánea del mundo noroccidental las mujeres han vivido la experiencia de ser sujeto colectivo cuando leyes o prohibiciones las han explícitamente excluido o segregado. La negación del derecho al voto ha permitido, al mismo tiempo, a una generación entera reconocerse como sujeto portador de instancias políticas, de problemas que tenían su solución en el terreno de la política. Incluso por esto, en aquella ocasión se movilizaron pequeñas minorías de mujeres, y se instituyeron y existieron durante algunos años internacionales de centenares de miles o de millones entre las inscritas y las militantes. Todavía, más allá de específicas ocasiones, no existen en nuestras sociedades lugares en los que las mujeres puedan vivir la experiencia de ser sujeto colectivo, salvo aquéllos que ellas mismas se construyen. En la vida cotidiana y en la esfera pública, otras experiencias aparecen más significativas, sea por la defensa de las propias condiciones de existencia o sea por la eficacia contra la barbarie y la injusticia. Es verdad que la jerarquización de la especie humana es la metáfora de la relación de poder fundada sobre el sexo, y que la relación de poder fundada sobre el sexo es el paradigma de todas las otras relaciones de poder. Pero estas afirmaciones no contradicen otra igualmente cierta, otras relaciones de poder, sobre todo en las sociedades complejas o donde las sociedades se diversifican, tienen una función más importante en la jerarquización. Ciertamente, si se miran los datos globales sobre la propiedad, sobre el poder político y sobre su función en las instituciones religiosas y culturales, la diferencia sexual parece que es la principal discriminante. No es así por lo que respecta a las condiciones de existencia personales, porque una mujer puede

gozar de privilegios de la propiedad, incluso si los bienes no están puestos a su nombre. Del mismo modo, las mujeres han podido servirse de poderes políticos de los que no son titulares, es decir, bienes controlados y dirigidos por personas de sexo masculino. Las mujeres han podido defender sus derechos, su posición y sus condiciones a través de partidos, sindicatos y movimientos que, por coherencia, convicción, interés o falta de alternativas han decidido en un cierto momento hacerse cargo de ellos. La iniciativa de los partidos de la izquierda ha sido decisiva en las reformas de los años setenta, sobre todo en Italia, en donde el papel político de la Iglesia Católica había determinado una situación de particular atraso. Todavía en estos últimos tiempos una ley del gobierno de derecha sobre la fecundación artificial, de contenidos particularmente regresivos, ha encontrado una débil oposición en el movimiento feminista. La debilidad no se ha expresado sólo en la débil capacidad de movilización, sino también en la dificultad para situar la cuestión en el terreno específico de la política. Desde los partidos se ha asumido después el deber de recoger las firmas para un referéndum abrogativo.

La revolución femenina —seamos claras— no ha sido nunca una revolución pasiva, incluso (para decirlo con fórmula gramsciana) existiendo ciertamente una alternancia entre la guerra de movimiento y la guerra de posición. Los espacios en los movimientos, en los partidos y en los sindicatos han sido invariablemente conquistados por la iniciativa y por la presión de mujeres, por su capacidad de entrar en conflicto con los hombres que están de su parte, de formular peticiones y hacerse intérpretes de las necesidades de otras.

Se trata sólo de comprender las razones de una subjetividad política débil y de explicarse, dentro de esta fragilidad evidente, la contradicción notable de la escalada de las mujeres del siglo XX. Esta contradicción hace legítima una pregunta: ¿el ascenso de las mujeres es efecto del feminismo, o bien el feminismo es un producto marginal de su ascenso? Anticipo rápidamente que, si es válida la primera hipótesis (como creo), por coherencia es necesario entonces redefinir el significado del término «feminismo» y admitir que el sentido de sí mismas de las mujeres se manifiesta en formas mucho más variadas y difusas de las que tienen la capacidad cultural de autodenominarse.

En fin, la debilidad de un sujeto político no está sólo ligada a los límites de capacidad de reconocerse como sujeto colectivo de sus referencias en el cuerpo social. En las derrotas de las clases bajas que se han consumado en el último cuarto de siglo, existen otros elementos que han sido decisivos. Han sido sobre todo determinantes los comportamientos y las prácticas de las clases políticas, su tendencia a anteponer necesidades y ángulos visuales propios sobre aquella parte de la sociedad que habrían tenido que representar y organizar. Este fenómeno ha sido llamado burocratización, pero más allá de los nombres y de las categorías interpretativas, cualquiera puede hoy fácilmente comprender de qué se habla. Contrariamente a partidos y a sindicatos, el feminismo (en el

sentido de formas de organización autónoma de las mujeres) nunca ha producido fenómenos de burocratización, aunque sí existen burócratas —mujeres— que han utilizado el feminismo para sus *cursus honorum*. Y no los produce por una razón diferente de las evocadas por la leyenda (vocación democrática, horizontabilidad, el rechazo femenino del poder), es decir, simplemente porque no tiene la fuerza de producirlos. El fenómeno por el que puede ser contestada como unilateral la imagen del feminismo como «intelectual orgánica» del sexo femenino tiene que ver con la tendencia de grupos de mujeres a hablar en nombre de todas, cuando son sin embargo portadoras de exigencias legítimas, de puntos de vista tal vez originales y útiles, pero propios de un específico sector, de la humanidad femenina.

En el último cuarto de siglo (por ejemplo), es decir, a partir del retroceso del feminismo político de los años setenta, se ha afirmado en el mundo noroccidental lo que se ha llamado «deriva académica». Este fenómeno es la otra cara de la moneda de la presencia de docentes feministas en las universidades. En torno a estas mujeres se han formado pequeños grupos de alumnas partidarias, escuelas de pensamiento, teorías polémicas, etc.; que han llegado al límite de autodefinirse política *tout court*, desarrollando incluso en mujeres politizadas la actitud de entender el feminismo como actividad cultural. Se ha propuesto a menudo un modelo de relaciones entre mujeres con las características propias de la relación docente-discente, una tendencia a identificar las prácticas con el hablarse, y un consiguiente cierre en banda siempre asfixiante. Se puede imaginar qué sucede cuando se sale de los ambientes académicos y el nivel cultural baja: la pretensión de «hacer teoría», y hacer emerger lenguajes y pensamientos «diferentes» de las mujeres casi nunca produce alguna cosa que tenga verdaderamente que ver con la cultura. Este estado de cosas ha caracterizado durante años gran parte del feminismo noroccidental, y denuncias de la «deriva académica» se encuentran tanto en Francia como en los Estados Unidos. Es natural, sin embargo, que se haya manifestado de formas más evidentes donde la crisis del radicalismo político ha sido más profunda y han llegado a ser impracticables los espacios en los cuales feminismos políticos pudiesen recolocarse y comenzar a actuar.

La feminización del antagonismo se manifiesta en primer lugar en la fragmentación, que ha sido siempre propia de los movimientos de mujeres. En Francia, hace algunos años, antes de que empezase la fase de ascenso del movimiento, apareció el libro de Brochier y Delouche (*Les nouveaux sansculottes*), en el cual los autores señalan el fenómeno de un radicalismo juvenil que se transforma en sintonía con la sociedad que afirma querer combatir. Libre de los oropeles ideológicos más obsoletos, dispares, desiguales, luminosos —polimorfos—, vigorosos, dicho movimiento radical está presente en todos sus frentes: social, humanitario, cultural, mediático, económico y, naturalmente, político. Los autores recuerdan después las innumerables siglas de la «tour de Babel»

antiliberal, los comités, los movimientos, las redes, las asociaciones, las organizaciones del sindicalismo de base, las delegaciones del resto del mundo, etc. Esta nueva generación de movimientos parece querer reinventar una militancia práctica, más preocupada por los resultados concretos en el momento en el que calla «l'espoir de lendemains qui chantent» o (como diríamos en Italia) la esperanza del sol futuro. Es un deseo de sociedad —notan los autores— a la que las organizaciones políticas han cesado de dar vida. El alejamiento de la política, la construcción de entidad que de cualquier modo llene la distancia entre aparatos políticos y sindicales y sociedad, es la reacción a un estado de cosas. «Crétinisation du debat public», según la fórmula de Philippe Seguin, vacuidad de los discursos, búsqueda infatigable del consenso, personalización de la política que se acompaña de prácticas en las que es difícil reconocer una izquierda. ¿En qué medida se pueden aún llamar socialistas a los partidos que privatizan con mano militar y reprimen la más inocente manifestación social?

Dejamos los interrogantes de Brochier y Delouche, superados únicamente en pequeña parte por los eventos sucesivos, para observar también en el resto de Europa que la oposición es desigual, luminosa, polimorfa. En su composición el movimiento contiene elementos que son todavía expresión de relaciones de fuerza pasadas: partidos como Rifondazione, organizaciones sindicales y formas de asociacionismo nacidas al lado del viejo movimiento obrero. Su núcleo todavía permanece unido a una multiplicidad de entidades y de iniciativas que no sólo no se reconocen en ninguna realmente estructurada, sino que escapan a las tentativas periódicas de volver a anudar sus hilos, los cuales continuamente tienden a desatarse. Fenómenos diversos de orden social y político han producido la fragmentación: los procesos de estructuración del sistema productivo (la crisis de las grandes fábricas ha marcado un cambio en las relaciones entre clases en Italia); la decadencia de las capacidades contractuales de los sindicatos y, por lo tanto, de su poder de crear dinámicas de unificación; las metamorfosis de los partidos que en un tiempo se llamaban obreros y que en Europa parecen dominados por una lógica irrefrenable de separación del cuerpo social, del cual no consiguen ya ser organizadores; el hundimiento de la Unión Soviética y todo aquello que ha comportado desde el punto de vista simbólico y material.

Si el movimiento es la expresión de una derrota histórica y de la reacción a la derrota histórica, el feminismo es la expresión de una derrota antropológica y de la reacción a la derrota antropológica. Por mucho que se manifiestan de modos bastante diferentes entre sí las lógicas de fondo a las que es posible reconducir la actual fragmentación de la oposición y esa crónica del feminismo son las mismas. Proyectos que no encuentran consensos adecuados en órdenes jerárquicos capaces de reproducir las condiciones sociales ideológicas de su supervivencia. Distancia del poder, que no es sólo un nombre sino también un verbo, es decir, distancia de la facultad de decidir acerca de la organización de una sociedad. Posibilidad de continuar existiendo sólo al margen, donde a me-

nudo hay un menor interés por permanecer unidos, que está siempre ligada al poder, es decir, el poder hacer en muchos lo que no se podría hacer en pocos.

El feminismo es fragmentario principalmente porque la multiplicidad de los ámbitos en que las mujeres se radicalizan producen una división de hecho, ligada a las diferencias de clase, de cultura política, de intereses, de ocupaciones y preocupaciones, etc. El feminismo de mujeres de la izquierda europea y de monjas combonianas, que conviven (por ejemplo) en la Marcha mundial de las mujeres, tienen en su base las mismas exigencias femeninas, el mismo deseo de no ser excluidas, al mismo tiempo que de no tener que hacer de la homologación la condición *sine qua non* de la inclusión. Pero es evidente que, dada la diferencia de los ámbitos en los cuales estas exigencias se manifiestan, las convergencias se revelan siempre problemáticas, efectos de un acto voluntario y político y, sobre todo, ocasional. La variedad de las condiciones femeninas es naturalmente una evidencia, ya que la noción equivalente a la de mujer es hombre y los hombres viven condiciones muy diferentes entre ellos. La diferencia es que ellos no constituyen sujeto de liberación y, siendo el poder por doquier, tienen por ello de su parte la ideología, es decir, la ventaja de haber construido el sentido común, también el que es femenino. En cada uno de estos ámbitos la relación entre feministas y mujeres es, por lo tanto, particularmente baja. El mismo gesto político con el que las mujeres se constituyen en sujeto colectivo, es decir, el acto de la separación y de la construcción de lugares independientes de debate, las empuja al margen, desde el momento en que los hombres ocupan siempre y de todas formas el centro. Y en política el margen es el lugar de elección de la fragmentariedad. Esto vale evidentemente también para los grupos políticos, cuyos proyectos han llegado a ser marginales y que han sido, en efecto, obligados a vivir el margen.

No pudiendo garantizar roles, ni ascensos sociales, ni prestigio cultural; no teniendo poder y no pudiendo, su construcción permanece confiada a un voluntariado (a veces también pagado para vivir dentro de los mínimos niveles de la supervivencia) a menudo generoso pero precario, que no consolida y no transmite capacidades profesionales. En las organizaciones políticas y sindicales que tienen de algún modo el poder en la sociedad, el antídoto para los conflictos personales es el interés para no comprometer la existencia de los instrumentos que lo mantienen. En la política marginal este interés es menor, dada la inconsistencia de lo que se dispone. La demanda de poder, sobre la que el hacer política se fundamenta y que no puede ser ejercitada desde el exterior, se descarga en el interior, transformando en esquejes la posibilidad de construcción de alternativas.

Para otros fenómenos el feminismo y la oposición parecen tener inéditas semejanzas. El feminismo, se ha dicho, renace de sus propias cenizas. Después de haber hecho irrupción sobre la escena política y permanecer por algunos años, asume una andadura subterránea, desaparece de la vista y excava en pro-

fundidad. En realidad los movimientos de mujeres han conocido larguísimos períodos de latencia. La oleada de luchas que se había levantado entre los siglos XIX y XX retrocedió con la primera guerra mundial, con una extensión de algunos años en Rusia después de la revolución de 1917. Pocos saben que Clara Zetkin, que tanto había maldecido al feminismo burgués, pero después había tenido la inteligencia de cambiar de idea, en el curso de su vida había querido ser promotora de un congreso internacional de feministas de todo el mundo. Lenin había sido convencido para convocar a las «pacifistas inglesas del movimiento de *ladies*, devotas cristianas que gozan de la bendición del pontífice o bien que juran solamente sobre Lutero». Muerto Lenin no sólo el congreso auspiciado no tuvo lugar, sino que, en marzo-abril de 1926, el sexto Pleno del Comité ejecutivo de la Internacional decide cancelar la organización separada. Contra la decisión del pleno, Clara interpuso una apelación a la cuarta conferencia internacional de las mujeres comunistas, pero fue inevitable e irrevocablemente la última.

Durante cuarenta o cincuenta años, es decir, desde la primera guerra mundial o desde la mitad de los años veinte, si en el cálculo se incluye también la prolongación soviética, hasta la mitad de los años sesenta la política de las mujeres ha producido singularidades intelectuales y organizaciones femeninas bajo las sombras de los partidos, para las que sería más justo hablar de segregación que de autonomía.

El compás de espera del movimiento en Europa es, por consiguiente, el producto de un estado de cosas en el que un feminismo con adecuado sentido de sí mismo podría reconocer constantes de la propia historia. El mecanismo virtuoso de superación de la fragmentación ha determinado las experiencias más significativas del movimiento. Pero aquel mecanismo encuentra hoy límites objetivos de posibilidad y de comprensión subjetiva.

Transcurrido el tiempo de las movilizaciones, de los grandes eventos y de los encuentros periódicos, aquel mecanismo intenta a duras penas reproducirse principalmente por razones objetivas. Cada uno/una vuelve a sus preocupaciones y a lo específico, a aquello que representa sus razones de existencia. El hacer político intenta a duras penas encontrar objetivos y propósitos que interesen a todos/as y produzcan en todos/as la pasión indispensable para arrojarse a la contienda.

En gran parte del siglo XX han existido ilusiones y realidades polarizadores: los grandes partidos de masas con raíces en el proletariado fabril, las sociedades posrevolucionarias con su poder material y simbólico, la hegemonía marxista en la universidad y en la cultura en general... En esta fase de la historia nada cumple esta función polarizadora y la oposición debe encontrar en sí misma la lucidez suficiente para comprender que la unidad es revolucionaria. Cuando más tarde eventos dramáticos imponen a todos volver la atención al mismo objetivo, entonces el movimiento puede acrecentarse hasta alcanzar las

dimensiones de la gran oleada de los primeros meses del año 2003 contra la guerra de Irak. Lo poquísimo que ella deja después está unido a la carencia de estructuras que sean capaces de retener del movimiento al menos una parte, también porque lo que está estructurado está burocratizado, y aquello que no está burocratizado es fluido. Muchas feministas que habían vivido las grandes movilizaciones por el derecho a votar y a ser electas, pocos años después se preguntaban dónde habían acabado aquellos movimientos de mujeres, ausentes ahora de la escena política, o dónde se había alcanzado el objetivo, o dónde las expectativas habían sido defraudadas.

Fragmentación, largos períodos de latencia y rápidos retrocesos destinados a dejar huellas casi invisibles no son los únicos síntomas. El actuar de las mujeres «en cuanto mujeres», como se decía en los años setenta, excepcionalmente se eleva al nivel de la política auténtica. A menudo se llama política lo que no es todavía política: la actividad del círculo cultural, que no es sólo un fenómeno reciente; la obra de voluntariado de algunas mujeres hacia sus semejantes más desfavorecidas, meritoria pero destinada a agotarse en sí misma; acciones de lobby privadas de «masa crítica», sin cuerpo de movilizaciones, sin un electorado, sin una opinión pública femenina.

¿El feminismo tiene de verdad alguna cosa que enseñar al movimiento que ha recogido alguna de sus caras? Naturalmente que sí, con tal de que se nos entienda el sentido o modalidad de la enseñanza.

Demasiadas veces la pretensión de hacerse pedagógicos se ha manifestado o con la idealización de la miseria (la multiplicidad, la naturaleza de la política de las mujeres que renace después de períodos de latencia, la nobleza del rechazo del poder, etc.) o bien con la propuesta de una política de metáforas de un género femenino estereotipado (la paz y la no violencia como lo específicamente femenino, la economía como un don en el modelo de la capacidad femenina de darse y de dar, etc.). A estas vías demasiado simples se enfrenta la seriedad de una investigación capaz de comprender el sentido de un acontecimiento histórico completo. En los inicios del siglo XXI se advierte, sobre todo en Europa occidental, la exigencia de repensar el caso de los sujetos protagonistas de liberación del siglo XX, de su ascenso y de sus fracasos. Pero esta operación, como cada esfuerzo de investigación auténtico, exige una cierta distancia del objeto, dentro de los límites en los que una distancia es posible. Comprender liberándose de la exigencia impulsiva de celebrar la propia grandeza y las propias virtudes es posible, si se nos permite hacerlo desde «el frío placer de conocer» (Lukács), que de vez en cuando es propio de las mujeres, como de vez en cuando es propio de los hombres. También una analogía en este caso puede ser útil. Si hoy alguno seriamente se esforzase por comprender el problema de qué enseña el marxismo y qué herencia dejó al siglo XXI, no podría sustraerse al deber de releer en su conjunto una historia. Y desde aquella historia surgirían evidentemente prácticas de liberación, posibilidades inéditas de orientarse en el

mundo y comprender los fenómenos de opresión, represión, la mentira elevada a la categoría de sistema. En otro plano, y con consecuencias diferentes por completo, también el feminismo ha tenido muchos vicios y virtudes. Lo que se trata de comprender de lo uno y de lo otro no es quiénes sean los sabios o las sabias y quiénes los locos o las locas. Y no porque en política esta distinción no pueda también tener sentido, sino porque con este espíritu no se hace investigación sino propaganda, y de esta manera se prolongan las diatribas, en las que en gran medida se ha transformado el texto suscrito. El esfuerzo teórico debería tener como objetivo comprender qué dinámicas habrían caracterizado las vicisitudes alternativas de los sujetos de liberación; cuáles serían sus límites congénitos y cuál la razón de sus ascensos, los contextos específicos y las combinaciones que los han producido, las condiciones que debemos forjar para reproducirlas. Se trata también de rendir cuentas a la investigación: el proyecto filosófico más ambicioso, y por lo demás ya formulado, de entender la lógica de las relaciones humanas.

Algunos feminismos se encuentran en un cruce de caminos estratégico, es decir, en un punto del cambio político del que es menos difícil realizar lecturas paralelas, por ejemplo, de los recorridos políticos de las mujeres y de las clases dependientes. La capacidad del feminismo de ser pedagógico debe entenderse, en efecto, en sentido negativo, esto es, en el sentido de desvelar límites, incoherencias e ilusiones. Es evidente, sin embargo, que no se podría hablar en ningún modo de enseñanza, si ésta fuese la cara principal de la moneda. De la misma manera, si el hecho del movimiento obrero se redujese a la producción de burocracias opresivas y/o corruptas, sería más racional pasar página. El feminismo enseña, como por lo demás el conjunto del hecho obrero, sobre todo por lo que ha cambiado para mejor el mundo y ha ayudado a comprenderlo, y enseña sólo si es capaz de transmitir el dónde, el cómo, el cuándo y el porqué.

La contribución del feminismo al movimiento podría articularse sobre planos diferentes

1. Sobre los casos del *homo hyerarchycus* y sobre la lógica de las relaciones humanas, el feminismo ofrece importantes explicaciones. Ha elaborado y utilizado, en efecto, un parámetro científico, el género, es decir, el modo en el cual una época, una sociedad, un grupo humano, viven la pertenencia a un grupo humano. En los últimos decenios, la observación desde la perspectiva del género ya ha modificado la óptica de algunos saberes. Las perspectivas de la Sociología y de la Economía Política, por ejemplo, cambian radicalmente si en la observación está incluido o no el género. Una teoría de las clases no podría prescindir del papel que tradicionalmente han desarrollado las mujeres en la formación del ejército de reserva, en el trabajo precario o en los empleos que

socializan las tareas femeninas. Del mismo modo, no podría prescindir de la existencia de sus deberes de reproducción, asumidos sobre todo por las mujeres y no retribuidos, o retribuidos con el mínimo necesario para reproducirse a su vez. En las diversas ramas del saber, la inclusión del género produce efectos diversos: el género no sólo revela la asimetría, sino que es en sí mismo asimétrico. En la historia, por ejemplo, como historia de las vicisitudes políticas, militares y diplomáticas, las mujeres pueden ser evocadas sobre todo como ausencia, pero esta ausencia contribuye a explicar la naturaleza de los fenómenos y de las instituciones. En el psicoanálisis, donde el género estaba ya presente en los orígenes como teoría del camino de cada sexo hacia su propia identidad, desde otro punto de vista ha producido una verdadera y auténtica revolución, desvelando el androcentrismo de aquel saber, y arrojando fundadas sospechas sobre otros.

El género es un principio de orden, revela la existencia y los efectos de una relación de poder, de una diferencia, de un encuentro desigual. La relación entre mujeres y hombres es una de las razones por las cuales hasta ahora otro mundo no ha sido posible. Y si no ha sido la razón más inmediata, ha sido ciertamente la que ha actuado con mayor profundidad con la fuerza de los fenómenos que anidan en el subconsciente. Las clases bajas han llegado a ser alguna vez, en el curso del siglo XX, botín de las derechas racistas y misóginas, no sólo por límites de cultura política, por el poder de la ideología o por la adecuación de una izquierda, sino también por la reelaboración política de una experiencia personal. En el curso de su existencia, cada hombre experimenta una relación en la cual detenta el poder, aunque sea una forma microscópica e ilusoria de poder. Un proletario puede asumir el punto de vista de su patrón, de un gobierno autoritario o de una institución conservadora, porque la ideología encuentra una experiencia y un interés en que apoyarse. A pesar de las transformaciones alcanzadas en el siglo XX, no se ha conseguido todavía que haya cambiado el modo por el cual un individuo de sexo masculino llega a ser hombre, pero en el sentido del género. Aunque democrático, racional y sinceramente convencido de la igual dignidad de las mujeres, cada hombre conserva en el inconsciente la huella de un fantasma infantil, que alimenta la convicción de tener alguna cosa que las mujeres no poseen, o bien, una especie de derecho natural al poder. No por casualidad, en las mismas sociedades del capitalismo senil, el falo sigue siendo un signo del poder de la autoridad y de la facultad de la palabra. El aumento de los integristas y de las derechas ha tenido a menudo influencia sobre un difuso deseo masculino de restaurar una posibilidad de control y una relación de poder, recuperado en alguna medida a través de este debate. Las dificultades de la vida cotidiana, ocasionadas en el siglo XX por un sistema económico y social, han sido interpretados (por sugerencia de las ideologías conservadoras o reaccionarias) como un efecto del desorden y de la violación del orden natural de las cosas, en el que cada sexo tiene su puesto y su rol.

Además, cuando los trabajadores no salen a defender, por las más diversas razones, sus propias conquistas y sus propios niveles de vida, el género y la nacionalidad (así como su pertenencia a una región, a una etnia, a una comunidad) jerarquizan el acceso a los consumos, a los trabajos más cualificados y a los servicios.

El género no es una noción estática sino dinámica. Por ejemplo, otros fenómenos de feminización, además de aquéllos ya señalados del antagonismo y de la fuerza del trabajo, aluden a los cismas en las relaciones entre sexos. En estos casos, feminización significa simplemente mayor influencia de mujeres, aunque el hecho en sí no esté privado de implicaciones para la posición de los hombres.

También los flujos migratorios, por ejemplo, han experimentado súbitamente en la última parte del siglo XX un proceso de feminización. Estadistas y estudios recientes (y no tan recientes) señalan que no sólo las mujeres representan un porcentaje mucho más alto que en el pasado en cuanto al número total de las personas emigrantes, sino también que, a menudo, son el primer eslabón de la cadena migratoria.

Si se piensa que en la construcción del género tiene una función fundamental un mecanismo mítico-textual que representa lo femenino como el elemento estático de los dos sexos, la movilidad y el atrevimiento de las mujeres aparecerán como un posterior desmentido de los estereotipos que siempre las han representado. La feminización de las emigraciones, por otro consolidado y trasnochado esquema de la Sociología que construía la escalera migratoria por tiempos, colocaba a las mujeres en el último lugar, como maletas de los hombres, o bien destinadas a lograr la reunificación de maridos y padres sólo después de que éstos hubiesen alcanzado un mínimo de adaptación al ambiente extraño y a menudo hostil.

Es significativo que estudios e investigaciones no se limiten a señalar lo que es en gran parte una novedad, sino que revisen los criterios interpretativos del pasado para dar testimonio de que la ausencia de parámetros de género vuelve un conocimiento menos fiable o simplemente inválido.

La reinterpretación de los fenómenos sociales a la luz del género no tiene únicamente una función descriptiva. Sirve también para elaborar proyectos políticos de mujeres y de hombres. Todos los proyectos políticos del movimiento obrero desde sus orígenes tienen presente el género, incluyendo a las mujeres y aceptando problemas y conflictos inducidos por su presencia. El género todavía no ha sido asumido de forma estable como parámetro o tamiz de lectura, por la misma razón por la cual no ha sido jamás admitida la clase. En un caso o en otro la razón es la misma: género y clase no son parámetros científicos abstractos, sino distintas perspectivas de sujetos que tienden a desaparecer cuando se disuelven los sujetos, es decir, las estructuras en las cuales ellos se organizan y plantean demandas propias a la política.

2. En los últimos tres decenios la teoría feminista ha desarrollado un debate tal vez sin precedentes por la amplitud y la profundidad sobre la cuestión de la subjetividad individual y colectiva. La elección de la materia de debate no es casual, puesto que es evidente que en este terreno se ubican los límites y los problemas. La búsqueda ha girado sobre todo en torno al sujeto individual, pero muchas observaciones pueden ser aplicadas, *mutatis mutandis*, a los sujetos colectivos.

Como ocurre frecuentemente, el objeto de la búsqueda ha sido puesto a prueba lenta y fatigosamente. Durante demasiado tiempo la atención se concentró en la «diferencia», que es un paradigma político regresivo sobre todo para los sujetos caracterizados por una fuerte heteronomía, como las mujeres. Tampoco el punto de partida ha sido casual, porque la diferencia es la ideología de las secesiones y de las reivindicaciones de independencia. Aquélla ha sido empleada en un contexto y en una fase de la realidad política en la que las mujeres, por ahora integradas en una sociedad todavía patriarcal (muy particularmente en los campus universitarios de los Estados Unidos), debían representar y justificar su separación de las organizaciones políticas mixtas hegemónicas por hombres. El acto de la constitución en sujeto separado representándose a través de la diferenciación ha reiterado una dinámica individual y colectiva, que ha sido finalmente una constante del comportamiento humano. Un ser humano comienza a desarrollarse como sujeto cuando comienza a percibir la diferencia entre su cuerpo y el de su madre. Una clase social se desarrolla como sujeto cuando es capaz de actuar y de hablar por sí misma, cuando deja de identificarse con otras clases y percibe la diferencia de intereses y de posiciones. Pero, si el acto de diferenciación se transforma en reivindicación de alteridad (esto es, en paradigma político), entonces se entra en un ámbito específico de construcción de la subjetividad.

La reivindicación de la diferencia bloquea, de hecho, desde el punto de vista de la representación, la maduración del sujeto. Para entendernos, un sujeto se construye ante todo sobre la percepción de la diferencia, pero después con un mecanismo inverso de identificación, en el sujeto más maduro (en el sentido de ya detentador del poder), que por consiguiente reelabora y utiliza para sí. En Europa las clases dependientes han utilizado el paradigma de la diferencia de intereses en los comienzos de su historia, idealizando la pobreza como salvoconducto para el Reino de los Cielos.

Se puede explicar quizás de forma sencilla el motivo por el cual la diferencia es un paradigma político regresivo, que conduce no más allá, sino más acá de la emancipación. Cuando se construye una subjetividad política a través de la valoración de aquello en lo que las mujeres se diferencian de los hombres, se alude necesariamente a aquello que les une más allá de los tiempos, de los lugares, de las culturas, de las clases, etc. Es evidente que el primer efecto es el de la biologización, puesto que en última instancia aquello en lo que la Mujer se

diferencia es el sexo, la sexualidad, la capacidad reproductiva. En el plano político y cultural, la diferencia se traduce por tanto en la valoración de la maternidad y de las características reales o presuntas que aquélla desarrolla (afectividad, capacidad de relacionar, amor por el prójimo, etc.). Ahora, la cuestión no es en qué medida esta calidad es real o presunta: se puede pensar que a una base biológica y de experiencias reales se hallan superpuestos después fenómenos culturales y lógicos de coacción y que la distinción entre unos y otros es (como siempre) problemática.

Está en cuestión, sin embargo, el interés de las mujeres en valorizar cosas que la cultura patriarcal y misógina haya valorado por su propio interés y por la propia exigencia ideológica. Contrariamente a la opinión del feminismo de la diferencia europeo, las culturas patriarcales no se han limitado a infravalorar a las mujeres. Las ideologías de poder no han sido nunca así de duras, incluso en sociedades mucho menos complejas que las nuestras. Donde la opresión es absoluta y obtenida con la sola fuerza de las armas, la infravaloración puede ser total, estar muy cercana a la deshumanización. Parece que a los esclavos de la antigua Esparta les venían impuestas señas en el vestir que aludían a la animalidad; los prisioneros del Lager estaban condenados a vivir por debajo de toda condición humana, porque en última instancia no eran seres humanos. Pero se ha tratado prácticamente de casos excepcionales. Ya en la Roma antigua, Menenio Agrippa debía contarle a la plebe encolerizada la historieta de los miembros del propio cuerpo, que con igual dignidad colaboraban para su supervivencia.

En el caso de las mujeres, también se sufren fenómenos de deshumanización explícita o latente pero, por razones obvias, la subordinación ha sido impuesta por medios más sofisticados. En numerosas civilizaciones, la Madre ha sido de cualquier modo la única figura de prestigio de la que las mujeres han dispuesto, y ha habido, por otra parte, una construcción de fuerte valoración de la maternidad con fines antiemancipatorios, sobre todo por parte de la Iglesia Católica y de los integrismos en general.

El elogio de las virtudes maternas de las mujeres, así como el elogio de la laboriosidad de los trabajadores y de la actitud de sacrificio de ambos, sirve para rehabilitar un orden jerárquico, en el que en el fondo cada uno ocupa la posición que se espera y puede solamente reivindicar esa dignidad. No es casual que hoy la iglesia católica sea la más entusiasta defensora del diferencialismo, que ha relanzado un reciente texto del Cardenal Ratzinger. Y no lo es tampoco que las pensadoras de la diferencia sexual italianas más coherentes (la Librería de las mujeres de Milán) la hayan elogiado, como de hecho ya lo habían llevado a cabo a finales de los ochenta con la Carta apostólica *Mulieris dignitatem*, cuyo objetivo era después rebatir la exclusión de las mujeres del sacerdocio.

La revalorización pleonástica de la maternidad ha venido a veces con el uso de instrumentos intelectuales sofisticados, que han contribuido a desorientar a sus seguidoras. A pesar de la complejidad de los recorridos intelectuales, al

final de todos los discursos se llega a la misma conclusión política: la celebración de la Madre y el amor por el prójimo como ejemplo femenino edificante de relación humana.

El feminismo de la diferencia ha producido, pues, una cascada de lugares comunes y de estereotipos, cuya necesidad no se sentía en modo alguno y de los cuales otros feminismos más perspicaces habían tratado de liberar a las mujeres. Han sido señalados como ejemplos para una humanidad a la búsqueda de nuevas vías y de nuevos valores, la intuición femenina, la cercanía de las mujeres a la Naturaleza y su concreción, el ánimo pacífico y el sentido del límite y todo lo demás que no es difícil imaginar.

El efecto peor de esta ideología ha sido la consecuencia en el plano de las relaciones con la política. Una vez analizado un cierto ambiente de la esfera pública y descubierta su naturaleza masculina (cosa obvia, dado que esta esfera ha sido durante mucho tiempo controlada por los hombres), la valoración de la diferencia impone, obviamente, abandonarla. La sustracción, la deserción, la no participación, la no participación conjunta, etc., han aparecido como las formas de crítica más radicales, pero han producido en la realidad un movimiento anti-tiemnicipatorio que ha aplastado al feminismo en el margen extremo de la política, privándolo de los espacios que en los años setenta le habían permitido ser protagonista de cambios profundos de la sociedad noroccidental. Y eso al margen, como he tratado de decir, es también difícil construirse a sí mismas, porque uno es asaltado más fácilmente por los mecanismos perversos de la fragmentación. Por numerosas razones, la búsqueda ha continuado girando extensamente en torno a la diferencia y, con ésta, los lenguajes académicos de los que las mujeres se han visto constreñidas a servirse en su búsqueda y el temor de perder la condición necesaria para existir en el plano teórico como sujeto.

Las peripecias de la diferencia reflejan bien las aventuras y desventuras de un sujeto que se busca y no se encuentra. Si, de hecho, con la diferenciación un sujeto comienza a construirse, con el uso de la diferencia como paradigma político el sujeto de nuevo se pierde a sí mismo. Representándose así como los hombres han representado siempre a las mujeres, y, sobre todo, han querido siempre que fuesen, las ideologías de la diferencia han caído de nuevo en la posición propia de los no sujetos, esto es, en la heteronomía y en el «pensamiento siervo».

A la diferencia en singular que construye la Mujer, entidad mítica que contendría dentro de sí a todas las mujeres, ha sido entonces contrapuesta la diferencia en plural, esto es, las diferencias. Ha sido acertadamente observado que las mujeres son diferentes entre ellas, y que es el propio pensamiento patriarcal o misógino el que imagina una feminidad en la que todas las mujeres están incluidas. Sin embargo, también en este caso la diferencia no ha sido utilizada sólo como constatación de un dato fáctico: ha sido elevada a categoría y ha llegado a ser un elogio de la multiplicidad, de la diversidad, de la variedad

y, en último análisis, de la fragmentariedad y de la fluidez. Ocurre, por tanto, que el sujeto, liberado de la heteronomía, llega después al mismo lugar en la imposibilidad de representarse como sujeto colectivo, porque la Mujer Única se dispersa en todas las direcciones posibles. Y en las versiones internamente más coherentes, también toda mujer singular se divide en diversos núcleos identitarios, sin posibilidad teórica de recomponerse a sí misma.

Es más: también la crítica de los estereotipos identitarios ha sido formulada en nombre de la diferencia, admitiendo en algunos un giro de pensamiento de 180 grados manteniendo, sin embargo, fidelidad al término.

Sería demasiado largo de explicar qué puntos de referencia filosóficos hacen posible la paradoja. Baste recordar el rol de aquello que en los USA ha sido llamado Teoría Francesa, esto es, el del postestructuralismo y la teoría de la posmodernidad. A través del uso de estas teorías el sujeto se libera de la heteronomía y de la fragmentación, por la simple razón de que desaparece como en un juego de prestidigitación. Diferencia significa en este caso, simplemente, no ser.

En la versión masculina y ortodoxa, la mujer es diferente sin reciprocidad; así, es la diferencia misma, porque no tiene la palabra y aparece sin más como una especie de cosa en sí misma kantiana. En las versiones feministas la diferencia es recíproca, pero entre ambos sexos construida, ficticia, presunta: no existe en realidad una relación entre sexo y género y ni es el sexo el que condiciona el género sino al contrario, porque sexualidad y sexo vienen siempre dados en un horizonte cultural y en un lenguaje que condiciona sus significados. Este feminismo es cercano en sus intenciones a la crítica de la identidad sexual propia del mejor feminismo. Con dos limitaciones aún: uno específico, y el otro común a todas las críticas de las construcciones identitarias.

El límite específico es que la noción filosófica de diferencia en su acepción post-estructuralista, cuando viene arrastrada en el lenguaje cotidiano, que la política debe necesariamente tener en cuenta, se transforma en un significado de sentido opuesto. Cuando de hecho se dice que las mujeres son diferentes, el sentido común entiende «diferentes de los hombres», mientras, en realidad, la diferencia de la que se habla es de sí mismas, esto es, de las definiciones, de las descripciones, de las connotaciones en las que han sido construidas. Pero es el sentido común esta vez el que tiene razón, porque el mecanismo de la deconstrucción es un recorrido a la inversa, y la vida camina a pesar de todo siempre hacia adelante.

El otro límite es que, si la liberación consiste en arrancarse del dorso la camisa del Nexo de la identidad, entonces toda construcción de grupos femeninos va en la dirección opuesta a la deseada. La propia construcción produce, de hecho, una suerte de condensación identitaria, como por otro lado, e incluso peor, ocurre en los ambientes únicamente masculinos; produce en sus resultados efectivos la segregación y aún separa los seres humanos según la construcción ideológica y normativa de la masculinidad y de la feminidad.

En una última, desesperada tentativa, de salvar la diferencia, se ha dicho que la diferencia de la que se habla es política. Diferente es la política de las mujeres, diferentes han sido sus caminos. El recurso no sirve frente a una objeción elemental. Esto es, o se teoriza la más absoluta autonomía de lo político (pero entonces no existen ni hombres ni mujeres, ni patrones ni trabajadores, ni colonizadores ni colonizados) o, si no, hay que decir en qué diferencia del mundo real se enraiza la diferencia política.

También, en este caso, la objeción no alcanza a negar una diversidad evidente, sino a contestar la construcción teórica de la subjetividad a través del expediente ideológico de la valoración de aquello en lo que uno se diferencia. El efecto último es la idealización de los propios límites y la cancelación de las condiciones en las que ha sido posible superarlos.

No hay que creer que la teoría feminista, simplemente, había reproducido en género femenino las complejas peripecias del sujeto, que en los discursos filosóficos de los últimos decenios se han sobrepuesto a una serie de sevicias que lo han negado, dividido, fragmentado, separado, etc. Lo específico de la búsqueda feminista es de más sustancia. Cualquiera en Italia ha observado que, en la última parte del siglo XX, las mujeres se han encontrado frente a la contradicción de tener que teorizar el sujeto con el uso de lenguajes y de discursos que de un modo u otro lo niegan. El hecho de que la búsqueda haya finalizado, no para derribar el sujeto, sino para hacer posible la construcción, ha producido cortocircuitos lógicos, contradicciones y paradojas, del mismo modo que con el propio término «diferencia» se han dicho cosas de significado opuesto. Pero se ha conseguido al fin también enfocar el objeto efectivo de la investigación, que no es otro que la subjetividad y no la diferencia, aunque obviamente la diferencia está implicada en la dinámica de construcción de la subjetividad.

El problema teórico de la subjetividad no se resuelve en el plano teórico, sino es en alguna modalidad del horizonte cultural que hace de la diferencia el medio principal de aproximación a la comprensión del mundo. Creo que es significativo al respecto el hecho de que una de las máximas contribuciones al feminismo sobre el tema se ha servido de otros instrumentos, habiendo por tanto intentado conjugar a Freud, rearticulado por Laplanche, con la semiótica de Peirce, matemático y filósofo norteamericano que vivió entre el 1839 y el 1914. No es aquí posible explicar ni siquiera brevemente los razonamientos de Teresa de Lauretis, sin embargo se puede recordar la definición por la que la subjetividad (que es el producto de la experiencia en el sentido más amplio del término) es «una cantera de trabajo siempre en marcha».

No se necesita creer, naturalmente, que De Lauretis o cualquier otra proporcione la receta sobre cómo construir un sujeto político y vivir felices: estamos todavía en el plano de las instituciones y del inicio costoso por un camino no demasiado frecuentado. Y, sobre todo, no se debe olvidar que la teoría es ciertamente capaz de anticipaciones y prefiguraciones, pero que, en lo comple-

jo, está atrasada con respecto a la realidad. En suma, es muy improbable que los problemas existentes en el debate feminista de los tres últimos decenios se resuelvan en el plano de la producción literaria. Se requiere que alguna cosa del mundo real contradiga los lenguajes que idealizan la fluidificación para que otros puedan ser conocidos y utilizados.

El movimiento ha sido la primera señal de que otras dinámicas son posibles, pero se trata de una señal todavía demasiado débil, y que prueba también aquello de lo que frecuentemente habla el lenguaje de la diferencia, contradiciendo las propias intenciones, pero todavía no la propia realidad.

3. El secreto por el que un sujeto político débil (el feminismo) es finalmente, en cualquier caso, la base del ascenso de las mujeres en la historia contemporánea se explica ante todo redefiniendo el sentido del término. Muchas cosas quedan más claras si por feminismo se entiende sentido de sí mismas de las mujeres, deseo de libertad, autoestima e independencia psicológica de los hombres. Y el término no deja, por tanto, privilegios exclusivos para quienes se reconozcan en él. La resistencia de las mujeres a llamarse feministas es otro de los efectos de la heteronomía, y encuentra, pues, alimento en las características de los feminismos reales. Sin embargo, la relación más compleja e indirecta entre la parte femenina de la sociedad y su «intelectualidad orgánica» es la explicación tal vez más inédita y significativa.

Entre las enseñanzas auténticas del feminismo deberá hacerse referencia a la extraordinaria capacidad mostrada en algunos momentos y en algunas circunstancias de producir sinergias. La suerte del movimiento de las mujeres no autoriza completamente a celebrar la fragmentariedad, la dinámica de renacer de las propias cenizas y la lógica del grupo minoritario. Explica, sin embargo, mediante qué condiciones pueden estos límites ser superados.

También esta lección todavía debe ser tomada con prudencia, es decir, con la conciencia de que no puede ser aplicada *sic et simpliciter* a sujetos diversos; y, de otro lado, de que no sólo una parte es generalizable, sino que comprende feminismos y dinámicas de género que son indispensables para dar un sentido a la realidad de los sujetos de liberación del siglo XX.

Se puede explicar de manera sintética mediante qué alianzas, qué ocupación de espacio, tácticas consabidas o desconocidas, combinaciones, mecanismos, etc., ha acontecido en la historia contemporánea la producción de sinergias.

Ante todo, el feminismo debe una parte de su eficacia (cuando ha sido eficaz) a un trabajo complejo de conflicto-convicción-sedución frente a los hombres. Todos los feminismos han nacido y renacido al lado del radicalismo político y de las tendencias democráticas o revolucionarias. Ha existido naturalmente (y existe) un feminismo de derechas, pero ello es sólo y siempre la recaída de un feminismo nacido en otro lugar. Las razones por las que sólo en la izquierda un feminismo puede nacer y vivir se pueden fácilmente compren-

der. Desde el momento en que entre hombres y mujeres hay una relación de poder, puede ser contestada por lenguajes y lógicas que vuelven a poner en discusión órdenes jerárquicos. Y la diferencia principal entre la izquierda y la derecha, al menos como categorías abstractas del pensamiento y de la política, sino siempre de la realidad, es que la primera contesta a las relaciones de poder, y la segunda las defiende, las conserva o desea restaurarlas. En el radicalismo político las mujeres han encontrado, así, los espacios en los que colocar sus peticiones y los lenguajes más capaces de representarlas. El feminismo ha hablado el lenguaje de la igualdad, el del movimiento para la abolición de la esclavitud, el de las tendencias protestantes democráticas o el del movimiento obrero, poniendo a los hombres en contradicción frente a sus valores y sus batallas políticas.

La identificación correcta de los espacios en que colocarse ha permitido a las mujeres utilizar los conflictos entre los hombres, aliándose con los más receptivos a acoger sus requerimientos. En la conquista del sufragio, por ejemplo, ha tenido ciertamente un papel la exigencia de la burguesía europea de estrechar las jerarquías tras la revolución de 1917. Las movilizaciones para el derecho a votar y a ser elegidas habían determinado, de hecho, el movimiento de las mujeres de origen liberal hacia los partidos socialistas, los únicos dispuestos a acoger las reivindicaciones feministas en su programa. Las organizaciones sindicales, muchas veces tras una tenaz resistencia, se deciden a acoger en su seno a las mujeres y a sus reivindicaciones, también para poner límites a la competencia con el trabajo masculino.

Pero no sólo la renuncia a la acción del conflicto-presión ha convertido el separatismo en una práctica autolesiva. La cuestión es que, separándose de los hombres, el feminismo se separa con el mismo acto político de las mujeres, puesto que los unos y los otros viven juntos en el mundo real. En los espacios abiertos del radicalismo político, las mujeres han podido elaborar las ideas que las han acercado a la comprensión de su posición real, en una civilidad y en una cultura, y proveerse de los instrumentos para someterla a crítica.

El valor revolucionario que para una fase concreta ha tenido la práctica de la autoconciencia se comprende bien para evitar simplificar lo que no es simplificable. En sí misma, esa práctica no tenía nada de nueva ni de revolucionaria. Retomaba la antigua costumbre femenina de contar y contarse, de confiar a las otras cosas que no se dicen en presencia masculina, de dolerse de las injusticias en la vida cotidiana y en el lecho, de ironizar sobre presunciones y defectos de la virilidad de sus hombres. La autoconciencia ha sido revolucionaria porque aquello que relata ha venido acompañado de los instrumentos de la crítica, adquiridos en los espacios del radicalismo y acuñados con la adopción de sus lenguajes. Han sido las nociones de igualdad o de derecho a la diferencia, de opresión, de autodeterminación, de revolución, etc., los que han dado el significado de subversión de un orden al antiguo discurso de las mujeres. En el trans-

curso de los años setenta el feminismo europeo ha encontrado «su masa crítica», su base femenina de masa, no por casualidad, en las mujeres de la izquierda juvenil extraparlamentaria ante todo, después en los partidos socialistas y comunistas y en los sindicatos, en los movimientos y en la variada galaxia de la oposición organizada.

Paradójicamente las luchas, las manifestaciones, las presiones sobre los partidos han sido en su momento contestadas por aquéllas que, inaugurando la práctica de la autoconciencia, las habían inspirado en una cierta medida. La paradoja aparente se explica por la abismal distancia de la política en la que frecuentemente el feminismo elige colocarse y por la incapacidad que de ello se deriva de reelaborar las aportaciones en el plano específico de la política. Una vez se conviene en que la liberación consistía en la búsqueda de los propios deseos auténticos, bajo la sugestión de la gran influencia del psicoanálisis en la cultura del mundo noroccidental, aquel feminismo ve en las manifestaciones y en las leyes una peligrosa distracción. Y se observa también una simplificación de problemas complejos, esto es, de relaciones de dependencia sexual y afectiva, que no se resuelven con volantes y cortes.

Este razonamiento tiene una fuerte limitación. Es verdad que existen entre los sexos complejos problemas que no se resuelven con las manifestaciones, pero estos problemas tienen aspectos políticos que se pueden afrontar sólo con los instrumentos propios de la política. El referéndum abrogativo de la infame ley sobre la fecundación asistida del gobierno italiano de derechas no resuelve los problemas de ética, de relación entre sociedad y ciencia y de construcción del género (para entendernos, la maternidad a toda costa), originados por las nuevas técnicas. Resuelve, sin embargo, el problema político de la laicidad del Estado y de la intromisión permanente de la Iglesia Católica en la política italiana, que se vuelve en primer lugar contra las mujeres.

La capacidad de crear sinergias se manifiesta también con una suerte de lógica de búsqueda concentrada que el feminismo produce. Renacido en la mitad de los sesenta en pequeños grupos que en parte retomaban viejas temáticas, en parte reelaboraban las nuevas provenientes de los campus estadounidenses, el feminismo contagia a las mujeres de la izquierda europea en sus articulaciones múltiples. En decenios sucesivos, la larga oleada de la radicalización feminista llega a tocar el complejo de la sociedad, transformando la imagen de la mujer, el modo de percibirse y de ser percibida y (a decir de algunas) hasta el inconsciente. Los procesos de liberación de las mujeres se han construido de este modo por un gran número de recorridos individuales. Un obrero, un ciudadano, que se arriesga a mejorar sus propias condiciones sociales individualmente, fuera de la propia clase y sea como sea, aquello que hace por sí mismo no cambia las condiciones complejas de la clase. La mujer individual que adquiere independencia económica, autonomía intelectual, capacidad psicológica de enfrentarse con los hombres sin renunciar a su propio sexo y aquello que hace para sí

misma cambia, sea como sea, las relaciones de género. Finalmente, al contrario de las clases dependientes, que para su liberación disponen sólo de los instrumentos de la política (la lucha, la organización, los movimientos, las instituciones, las elecciones...), las mujeres disponen de una multiplicidad de medios que representan el aspecto virtuoso de la fragmentación. El acceso de las mujeres a la cultura ha vencido estereotipos y comportado cambios de óptica en una tradición condicionada por milenios de monopolio masculino.

El feminismo ha dejado a las jóvenes generaciones una herencia ambivalente, efecto de la propia sabiduría y del desconocimiento. Ha dejado una mayor libertad e igualmente la propia ignorancia de los recorridos políticos a través de los cuales aquélla ha sido conquistada. Los riesgos de una regresión, que en algunos aspectos en Europa ya es patente, se vincula antes de nada a este estado de cosas.

El aspecto más interesante, porque está más vinculado a la subjetividad política y a la elección consciente, considera los modos en los que en una circunstancia específica el feminismo ha sabido rodear el obstáculo de la desarticulación y de la inconsistencia organizativa. También desde este punto de vista las lecciones auténticas no toleran simplificaciones. La experiencia habla a favor de la transversalidad, pero no dice del todo que sea provechoso construir grandes organizaciones en las que la diferencia sea sólo la del sexo. Rita Thalmann ha señalado el proceso y el fracaso del experimento realizado en Alemania entre el final de siglo XIX y el ascenso del nazismo al poder (ser mujer bajo el tercer Reich).

La experiencia habla a favor de la búsqueda de espacios al albur de las corrientes radicales, democráticas o revolucionarias, pero no señala del todo que las organizaciones femeninas bajo el ala protectora de los partidos hayan producido avances significativos en el sentido del sí mismas de las mujeres. La crónica falta de autonomía, sobre todo en la elección de los grupos dirigentes, destruye la condición *sine qua non* para la constitución de las mujeres en sujeto político. Las prácticas del feminismo en sus mejores momentos son similares, o incluso idénticas, a las de los mejores momentos del movimiento de movimientos.

El pragmatismo, como tendencia a converger y a ponerse de acuerdo en el hacer de una manera que no implique la identidad y la ideología. La búsqueda en su actuación de aquello que une y no de aquello que divide (se puede también decir de aquello en lo que se diferencian), sin que lo que divide pierda valor en sí mismo. El esfuerzo de inclusión y exclusión, a veces inevitable, jamás considerado definitivo. La constancia, la insistencia, la paciencia de quien sabe que vencerá es terriblemente difícil, pero en la victoria o en el fracaso se juega su existencia.

Estas actitudes no lo son en virtud de la «diferencia femenina», sino las reacciones racionales de las mujeres y de los hombres conscientes de los límites de las propias fuerzas y de las exigencias de superarlas. No son la expresión de

una feminidad hostil al poder, sino la conciencia de cuanto es importante, finalmente, ser para alcanzar el poder.

4. El feminismo, ya sea también de una manera todavía primitiva, ha comenzado a explorar un terreno tanto desconocido como decisivo para una refundación de la política y de la oposición. Esto es, ha introducido el tema de la práctica, frecuentemente banalizado por la *Vulgata* y entendido como sucedáneo de la política. Las prácticas son el modo de actuar propio de un grupo, el tipo de relaciones entre las mujeres que forman parte del mismo, la labor para hacer emerger los movimientos reales de la convivencia y para prefigurar internamente las relaciones que se desearían extender a la sociedad entera..

La lógica de las prácticas puede ser obviamente criticada por los elementos ilusorios que contiene, como todas las tentativas de concebir las alternativas como lugares separados en los que valgan reglas diferentes de aquéllas de las del resto del mundo. Pero si el tema de la práctica viene depurado de sus elementos más banalmente ideológicos y ello se considera sólo el inicio de una exploración, se podrá fácilmente comprender su valor. La práctica representa aquello que la parte masculina de la oposición todavía no ha realizado: el inicio de un indagar de la política sobre sí misma.

Si se observa la historia y la teoría del movimiento obrero en el siglo XIX, se pondrá de manifiesto también en sus mejores experiencias un equilibrio entre su capacidad de orientarse en el mundo y la sobreabundancia de los elementos del mito en la representación de sí mismo. Al análisis frecuentemente lúcido de la realidad circundante se acompaña una serie de categorías interpretativas que idealizan la política y en sustancia la mistifican: el partido como intelectual colectivo, la vanguardia, el intelectual crítico, etc. También el feminismo, obviamente, se idealiza y se autocelebra; ello no impide que en algunas de las experiencias más avanzadas en este terreno hayan, sin embargo, identificado los instrumentos más eficaces para una crítica.

Es evidente que, si se quiere dar una sistematización teórica del caso europeo del siglo XIX, se necesita explicar más y mejor las razones de fondo de la metamorfosis, de las mutaciones genéticas, de la autorreferencia, de la pérdida de contacto con la propia base social de los partidos de la izquierda.

La tesis de la burocratización es válida pero insuficiente. Tiene la limitación de analizar la política con la única falsilla de lectura de la Sociología. Deja así automáticamente fuera del análisis (y consecuentemente de la crítica) todo lo que no tiene la fuerza de elevarse al rango de fenómeno social. No explica, por ello, la razón por la cual no se han construido alternativas, ni la rapidez con la cual el intelectual crítico es después sustituido por verdaderas bandas de arribistas sociales.

Si a la sociología se le añade el psicoanálisis, del que hasta ahora sólo el feminismo se ha servido para afrontar los problemas teóricos de la subjetividad,

la perspectiva cambia radicalmente. Las nociones de vanguardia, intelectual crítico, intelectual colectivo, etc., tienen de hecho el límite de dejar al margen todo lo que no es inteligencia y razón. Omitiendo del análisis los cuerpos y, consiguientemente, los deseos, los apetitos, la sexualidad, Edipo y Narciso, que para los políticos (también para los mejores) es el santo protector, se cancelan los movimientos reales de hacer política y uno queda teóricamente desarmado frente a la brutalidad de su irrupción en la historia. El problema no es entonces el de negar la exigencia de direcciones, organizaciones e inteligencia, ni el de transformar la política en autoconciencia e indagación interior, pero sí el de repensar las soluciones también a la luz de aquello que el feminismo ha comenzado a explorar y comprender.

El movimiento de movimientos ha visto entonces, como era también obvio, formarse en su seno una nueva corriente feminista. La dinámica insólita testimonia el fenómeno de la feminización, porque las mujeres esta vez han precedido a los hombres. En 1995, al abrigo de la IV Conferencia sobre la Mujer de las Naciones Unidas, se encontraron en Beijing grupos, redes, y mujeres independientes provenientes de todas las partes del mundo en una especie de anticipación de Porto Alegre. En aquel encuentro se habían trabado y reforzado las relaciones que habrían permitido en el año 2000 la movilización de la Marcha mundial de las mujeres. La Marcha fue después incluida en el movimiento, asumiéndose en parte y más tarde compartiendo con otras corrientes los espacios de los movimientos de mujeres. La nueva corriente ha impuesto un giro al feminismo europeo o más bien, porque la afirmación corre el riesgo de ser demasiado optimista, ha creado las condiciones necesarias para un giro. Ha vuelto a poner en el orden del día la acción política y el uso de los instrumentos propios de la política; ha hablado de nuevo de reivindicaciones, de luchas, de plataformas, de masas, de trabajadoras, de necesidades... Ha dinamizado un contexto estancado. En situaciones en las que las mujeres habían conservado estructuras políticas con la tendencia a burocratizarse por su relación con partidos y sindicatos, les ha obligado a moverse. En otros, en los que era más fuerte la dispersión y el rechazo a la acción, han comenzado a construir las redes, la coordinación, los momentos de encuentro capaces de hacerlo posible.

La fuerza de la Marcha no debe, sin embargo, llegar a ser también su límite. La razón que la convierte en mucho más interesante que otras experiencias es su relación con la realidad social, aunque esta relación es bastante discontinua y parcial. Ella representa en sí misma una novedad, porque emerge de partes vivas de un cuerpo en el que la política apenas ha comenzado a penetrar. Aquello que la Marcha no ha hecho todavía y debe proponerse es que el feminismo llegue a ser capaz de elaborar el sentido de una historia, sus relaciones con otros sujetos de liberación, su potencialidad de pedagogía en confrontación con una oposición feminizada.

Lidia Cirillo. Doctora en Filosofía Política y profesora en el Dpto. de Filosofía de la Università degli Studi-Milano; fundadora de la colección «Quaderni Viola» (Nuove Edizioni Internazionali); miembro del PRC de Italia, cofundadora del «Forum delle Donne». Entre otros títulos ha publicado «Lettere alle romane. Il femminismo narrato alle comuniste» (2000). En España se ha publicado su obra: «Mejor huérfanas. Por una crítica al pensamiento de la diferencia» (Anthropos, 2002).